

Proyecto y cuerpo en la posmodernidad

JORGE LÓPEZ LLORET*

Resumen: Frente a la cultura del proyecto en la Modernidad, con su base filosófica: negación del tiempo y del cuerpo, se observa desde la experiencia de los viajeros románticos una nueva cultura del proyecto que podríamos denominar posmoderna, consistente en la afirmación del tiempo y de la experiencia corporal como referentes históricos necesarios de toda constitución de los espacios compartidos. El autor muestra la unidad de planteamiento entre esta nueva concepción urbanística y la contemporánea teoría hermenéutica, aunque extendida ésta hasta la experiencia corporal y emotiva que tenemos del espacio vivido.

Palabras clave: espacio, tiempo, cuerpo, proyecto, hermenéutica, ciudad, posmodernidad, historia.

Abstract: In front of the culture of project in the Modernity with its philosophical base: denial of the time and the body, is observed, from the experience of the romantics travellers, a new culture of project that we could name posmodern, consisting of the affirmation of the time and the bodily experience as necessary historic relatings of all constitution of divided spaces. The author indicates the unity between this new urbanistics conception and the contemporary hermeneutics theory, though this extended to the bodily and emotional experience that we have of the lived space.

Key words: space, time, body, project, hermeneutics, city, posmodernity, history.

«...la arquitectura y el diseño están en total relación con el cuerpo humano, con el irredento cuerpo, sin más. Cuando falta un respeto absoluto por el cuerpo tal y como es, y por la memoria social tal como permanece, no se produce una arquitectura dúctil ni humana»

Robert Hughes: *The Shocks of the New*

1. Introducción

La Modernidad definió en gran medida un modelo de existencia de naturaleza proyectiva. El proyecto de la Modernidad, en el que la experimentación arquitectónica y urbanística se dan la mano con el pensamiento filosófico que inicia Descartes, tenía una serie de notas definitorias que podemos resumir con estas dos: 1º) Rechazo del tiempo histórico acumulativo como condicionante de la construcción de la realidad y del conocimiento de la misma. Esto lleva lógicamente aparejada la

Fecha de recepción: 14 febrero 2000. Fecha de aceptación: 9 mayo 2001.

* Dirección de contacto: Departamento de Estética e Historia de la Filosofía. Facultad de Filosofía. Avda. San Francisco Javier s/n. Sevilla (España)– 41005; tf. 954 55 77 68.

minimización del papel de la historia y de la tradición, que pasa a ser meramente negativo y distorsionante. 2º) Rechazo del cuerpo como agente positivo en la constitución de la experiencia, tanto física como mental, del entorno¹.

Ambas notas se unifican en una concepción del proyecto en general (y del proyecto arquitectónico y urbanístico en particular) según la cual éste se define sobre la base de un número de etapas prefijadas tanto en número como en orden. Dichas etapas y su sucesión son: 1º) ideación; 2º) composición; 3º) construcción; y 4º) uso². Esta serie de etapas, como acabamos de indicar, no se concibe como recursiva, buscándose un esquema claro que evite toda ambigüedad. Así, se busca que la ideación mental y la composición sobre el papel se den como momento de intuición clara y distinta a la que sigue su pura plasmación gráfica. Dicho proceso no tiene en cuenta el lugar, ni la historia cultural y física de su entorno, ni la corporalidad y emotividad intrínsecas del habitar. Primero se construye y después se habita. Habitar así es partir de cero.

Ahora bien, según dijo Martin Heidegger³ primero se habita y después se construye, en lo que fue seguido por Gianni Vattimo⁴. Creemos que precisamente en este caso vuelve a manifestarse la mutua influencia entre el pensamiento arquitectónico y urbanístico (por una parte la escuela de Sitte; por otra la de Muratore, aparte de la conexión directa de Vattimo con Heidegger a través de Gadamer) y el pensamiento filosófico. Más allá de las banalizaciones y de la complejidad de lo posmoderno, creemos que la Posmodernidad, con sus concepciones del espacio, del cuerpo, del tiempo y del pensamiento, significa una nueva realidad consistente, podríamos decir aunque suene paradójico, en tomar conciencia hermenéutica de la «cosa misma».

Veremos que eso supone en el nivel del proyecto arquitectónico en relación con el proyecto general moderno lo siguiente: 1º) Por una parte, la aceptación de la esencial temporalidad del hacer proyectivo con toda su carga de historia y de tradición. No se trata simplemente de algo más o menos deseable sino de algo efectivo se quiera o no, aquello que Gadamer denominó «historia efectual». 2º) Por otra parte, la aceptación de la corporalidad y la emotividad del habitar, presentes ya en tan poca medida en nuestras ciudades.

Con todo ello se define una nueva comprensión del proyecto arquitectónico y una nueva cultura general del proyecto, pues ambos se vuelven esencialmente hermenéuticos. A su vez, empezamos a comprender la necesidad de una lectura de la hermenéutica que no sea meramente logocéntrica, es decir, que extienda coherentemente y sin limitaciones la noción de *logos* (como lingüisticidad) a la experiencia corporal que se tiene del espacio que se habita, lugar desde el que emerge la conciencia.

-
- 1 Véase Gravagnuolo, B.: *Historia del urbanismo en Europa: 1750-1960*. Madrid: Akal, 1998, especialmente Cap. IV, pp. 331-461.
 - 2 Esto puede remitirse a las cuatro fases que se formaron en la cultura renacentista: idea, esquiso, proyecto y estructura, las cuales tenían especialmente dos presupuestos: el alejamiento de la cultura «empírica» medieval y, por tanto, la separación entre el proyecto, fase puramente intelectual, y su realización, de la que ya no se encarga el arquitecto (que se equipara al filósofo) sino el maestro de obras. Esta idea se mantiene y se define en el Clasicismo Francés del XVII, tan contemporáneo de Descartes, como la base de todo proceso creativo; es, por ejemplo, lo que define el modo de producción de la obra pictórica, según dice Bellori de Poussin. Véase Poussin, N.: *Cartas y consideraciones en torno al arte*. Madrid: Visor, 1995; Guidoni, E. y A. Marino: *Historia del urbanismo: El siglo XVI*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1985. Primera Parte, Cap. III, pp. 57-104; Benevolo, L.: *Historia de la arquitectura del Renacimiento. La arquitectura clásica (Del siglo XV al siglo XVIII)*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981, especialmente Vol. I, Cap. I, pp. 19-182; y, sobre todo, Panofsky, E.: *Idea. Contribución a la historia de la teoría del arte*. Madrid: Cátedra, 1978.
 - 3 Heidegger, M.: «Construir, Habitar, Pensar», en M. Heidegger: *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ed. del Serbal, 1994, pp. 127-142.
 - 4 Vattimo, G.: «Abitare viene prima di costruire». *Casabella*, nº 485 (1982), pp. 48-49.

Definimos por eso a la Posmodernidad simplemente como realidad arquitectónica y noética esencialmente temporal y corpórea, reactiva por tanto a la atemporalidad y descorporalidad del pensamiento moderno. No entraremos en mayores afinaciones de un término y una experiencia tan ricos y complejos desde un punto de vista filosófico y estético⁵. No nos interesa aquí de hecho si se trata de una realidad nueva o simplemente de una continuación crítica de la Modernidad inconclusa⁶. Simplemente nos interesa mostrar la mutua implicación, la casi identificación entre nuestros planteamientos espaciales y aquellos filosóficos. O si se quiere: que en modo alguno hay distancia entre lo que dio en llamarse «res extensa», por una parte, y «res cogitans», por otra.

2. Avatares de la Posmodernidad arquitectónica

Articularemos este apartado según los dos factores básicos indicados anteriormente para mostrar, finalmente, su fuerte implicación. Hablaremos en primer lugar, pues, de la importancia del tiempo en la concepción posmoderna del proyecto arquitectónico; después lo haremos del cuerpo y su papel en la misma. No quisiéramos, por otra parte, que en ningún momento se pasara por alto el hecho de que se trata, en última instancia, de un problema a la vez filosófico y arquitectónico-urbanístico, como tendremos oportunidad de constatar.

A. *Proyectar en el tiempo*

El proyecto en la Posmodernidad parte de la evidencia de que empezar desde cero, desde «un plano» en el que, a modo de retícula cartesiana realizada, insertar un mecanismo espacial puramente racionalizado y con todas sus variables controladas, no es posible ni deseable. No se trata simplemente de un nuevo presupuesto teórico sino, todo lo contrario, de una constatación práctica (un *a priori* histórico). Se comprueba por doquier constantemente que los presupuestos adoptados para la organización de la ciudad moderna, aquellos principios físicos que darían lugar a una estructura espacial de la que surgiría una sociedad perfecta frente al caos de lo legado, principios que se expusieron sintéticamente en la *Carta de Atenas* (1933)⁷, generan por contra una serie de simplificaciones banalizadoras y de segregaciones espaciales que, bajo la apariencia de funcionalismo integral, dan lugar, sí, a la búsqueda negación de la historia, pero como apariencia que acompaña a la función histórica de afirmación de los principios básicos de la sociedad postcapitalista y de consumo: trabajar, descansar, consumir (presentado como ocio productivo) y moverse. A eso se limita la vida humana⁸. Esa indiferencia hacia los factores emocionales e históricos integrantes de nuestra experiencia del espacio compartido da lugar a la progresiva decadencia de nuestros centros históricos, que pierden su dignidad convertidos simplemente en *ciudad vieja*, degradándose con ello todo su sentido vital.

Eso en el mejor de los casos. En los peores, por desgracia más comunes, sólo aparece un nuevo caos.

Frente a las aplicaciones falseadoras y banalizantes de estos principios «utópicos» se reaccionó de un modo decidido sólo a partir los años sesenta (de un modo decidido por arquitectos y urba-

5 Aunque remitimos a la obra de Jameson, F.: *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1996.

6 Jiménez, J.: *La vida como azar. Complejidad de lo moderno*. Madrid: Mondadori, 1989. Especialmente Cap. VII, pp. 137-150.

7 Le Corbusier: *Principios de urbanismo. (La Carta de Atenas)*. Barcelona: Ariel, 1971.

8 Véase Francastel, P.: *Arte y técnica en los siglos XIX y XX*. Madrid: Debate, 1990, pp. 34-43.

nistas, dado que otro colectivo intelectual, a veces más conservador pero siempre menos conectado con el poder vigente: literatos, historiadores, etc., había reaccionado desde hace tiempo —recuérdese, por ejemplo, la polémica de Victor Hugo con Haussman). Las obras teóricas que con más arrojo abanderaron esta reacción fueron, en lo que se refiere a los efectos perceptivos, las de Robert Venturi, su esposa Denise Scott Brown y Steven Izenour. Son obras emblemáticas como *Complejidad y contradicción en la arquitectura* (1966)⁹, *Aprendiendo de Las Vegas* (1977)¹⁰ y *Aprendiendo de todas las cosas* (selección de artículos de 1971)¹¹. En ellas se proponen una arquitectura y un modelo urbano que, siguiendo algunos de los postulados de la psicología de la Gestalt aplicados por Kevin Lynch en *La imagen de la ciudad*¹², se fundamentan sobre todo en la visión y construcción consuetudinaria del espacio, en las formas vulgares, anónimas, recibidas y prefabricadas¹³. Junto a ellos, aunque reaccionando frente a la nueva unilateralidad que esta propuesta suponía, Fred Koetter y Colin Rowe propusieron, en su magnífica obra *Ciudad Collage* (1981)¹⁴, una «ciudad de bricolage y de colisión»¹⁵ consistente en la integración de las formas procedentes de los presupuestos de la arquitectura moderna con aquellas otras recibidas del pasado o inventadas por los posmodernos. Hay que hacer coexistir lo nuevo con lo heredado, lo utópico con lo histórico, lo culto con lo popular.

Desde un punto de vista tipológico y formal la reacción incontestable hay que buscarla principalmente en Italia. Frente a la modernidad proyectiva se reconsidera la importancia constitutiva que el tiempo posee para el proyecto arquitectónico. Se reclama la estricta simultaneidad entre el análisis y el proyecto. El proyecto arquitectónico, en tanto que intervención en la ciudad o en un entorno natural, no puede concebirse en ningún momento como ajeno al análisis de la ciudad heredada. Así se desarrolla el modelo italiano de análisis urbano de los asentamientos históricos que se inicia con la obra de Saverio Muratori sobre Venecia (1959)¹⁶, a partir de la cual se desarrolla una brillante línea de pensamiento y estudio que ha dado lugar a resultados tan importantes como, por ejemplo, *La arquitectura de la ciudad* (1966) de Aldo Rossi¹⁷, *El significado de las ciudades* (1975) de Carlo Aymonino¹⁸ o la *Tipología de la edificación* (1979) de Gianfranco Caniggia y Gian Luigi Maffei¹⁹, entre muchas otras. Aunque no es evidente que el análisis urbano se conecte de un modo claro con la calidad de un proyecto concreto²⁰, de lo que no se puede dudar es de que el análisis ocupa un papel

9 Venturi, R.: *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1972.

10 Venturi, R., S. Izenour y D. Scott Brown: *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.

11 Scott Brown, D. y R. Venturi: *Aprendiendo de todas las cosas*. Barcelona: Tusquets, 1971.

12 Lynch, K.: *The Image of the City*. Cambridge, Massachusetts and London: The MIT Press, 1960, así como Appleyard, D., K. Lynch y J. R. Myer: *The View from the Road*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press, 1965. Véase además la propuesta urbanística de dicho autor en Lynch, K.: *Planificación del sitio*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.

13 Cf., por ejemplo, Venturi, R., o.c., Cap. 6, pp. 63-72, así como Venturi, R., S. Izenour y D. Scott Brown, o.c., Parte II, pp. 113-202.

14 Rowe, C. y F. Koetter: *Ciudad Collage*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981.

15 Rowe, C. y F. Koetter, o.c., pp. 87-145.

16 Muratori, S.: *Studi per una operante storia urbana di Venezia*. Roma: Instituto Poligrafico dello Stato, 1959.

17 Rossi, A.: *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1971.

18 Aymonino, C.: *El significado de las ciudades*. Barcelona: Blume, 1981.

19 Caniggia, G y G. L. Maffei: *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*. Madrid: Celeste, 1995.

20 Véase Pozo y Barajas, A. Del: «Fortuna del análisis urbano en España», en A. Del Pozo (ed.): *Análisis urbano. Textos: Gianfranco Caniggia, Carlo Aymonino, Massimo Scolari*. Sevilla: Instituto Universitario de Ciencias de la Construcción, 1997, pp. 9-26.

de control contextual del proyecto definitivo, mostrando la necesidad radical de tener en cuenta el tiempo en la arquitectura y en la conformación de la ciudad.

En tercer lugar, se dio otra corriente que reaccionaba frente a la simplificación de los presupuestos del movimiento moderno que se puede concebir, en cierto modo, como una integración de las dos anteriores. Consistía básicamente en el desarrollo de una teoría abarcante y compleja de la arquitectura y del urbanismo que había de coordinar los aspectos tipológicos, funcionales y formales con los aspectos perceptivos a través de la reflexión psico-sociológica, mostrando con ello la fuerte cualidad antropológica de los espacios históricos con los que y en los que nos relacionamos. Pese a que las obras más representativas, como las de Christian Norberg-Schulz²¹, se plantean en el marco de la semiótica, creemos no obstante que sólo darán de sí todo lo que poseen si se subordinan al más abarcante campo de la reflexión hermenéutica.

En estas corrientes, aunque en unas más que en otras, es el tiempo, entendido como acumulación y agregación de productos heterogéneos que definen una realidad elástica y en constante transformación, el que ha adquirido, junto con el cuerpo (como veremos) todo el protagonismo. Incluso factores abstractos como el de *tipo*²², utilizables en composiciones aparentemente lógicas, se conectan íntimamente con el proceso histórico de construcción e interpretación de la realidad. Aunque no se quiera la arquitectura, en tanto que arquitectura de la ciudad, se desarrolla en contextos irrepetibles y no seriales definidos por procesos históricos complejos de interacción entre la cultura y el lugar, generándose formas que consolidan opciones históricas cada vez más intensas y definitivas, pero siempre abiertas²³. Una ciudad es de hecho una interacción compleja de sujetos entre sí y con su contexto, un campo de constantes experimentaciones junto a repeticiones de lo mismo, pero en todo caso tiempo acumulado que se hace espacio, riqueza, pluralidad, heterogeneidad y alteridad²⁴.

No se trata simplemente de reconocer que la Modernidad proyectiva, con sus presupuestos, ha fracasado porque la realidad es histórica y porque, por tanto, siempre que se presenta un proyecto que dice partir de cero se constata, en realidad, como un hecho histórico²⁵. Por supuesto, se trata también de eso. Pero además de comprender sobre todo que la temporalidad inherente al proyectar arquitectónico y urbanístico es algo deseable, en tanto que dicha temporalidad acumulativa es la fuente de toda creatividad y, a la postre, de todo el sentido del espacio construido²⁶, no sólo como recepción de mensajes del pasado sino como apertura temporal siempre vigente. Precisamente el hecho de que la ciudad sea acumulación temporal la hace ser temporalmente abierta; o, dicho de otro modo: que la ciudad tenga tradiciones que sincretizan formalmente su vida cotidiana es lo que posibilita que se

21 Norberg-Schulz, Ch.: *Existencia. Espacio y Arquitectura* (1970). Barcelona: Blume, 1975; del mismo: *Intenciones en arquitectura* (1967). Barcelona: Gustavo Gili, 1979).

22 Argan, G. C.: *Sobre el concepto de tipología arquitectónica* (1965). Barcelona: ETSAB, 1974; así como Pevsner, N.: *Historia de las tipologías arquitectónicas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1979.

23 Véase Bacon, E. N.: *Design of Cities*. London: Thames and Hudson, 1967. así como Baker, G. H.: *Análisis de la forma. Arquitectura y urbanismo* (1989). Barcelona: Gustavo Gili, 1998.

24 Barthes, R.: «Semiología y urbanismo» (1967), en R. Barthes: *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1985, pp. 257-266.

25 En parte este es el sentido de la crítica que hace Heidegger a la sustantivación del sujeto en Descartes. Véase Heidegger, M.: *El ser y el tiempo* (1927). México: FCE, 1989, pp. 103-116. Crítica comparable a la que Rowe y Koetter hacen de la utopía cartesiana de Superstudio en Rowe, C. y F. Koetter: *Ciudad Collage*, o.c., pp. 46ss.

26 Portoghesi, P. et alii: *The Presence of the Past*. London: Academy, 1980; Gracia, F. de: *Construir en lo construido. La arquitectura como modificación*. Madrid: Nerea, 1992.

abra, dentro con todo de problemas heredados, al progreso cualitativo²⁷. Siguiendo a Rowe y Koetter, podemos ver cómo el proyecto cartesiano no es sino un fragmento más de una temporalidad inclusiva operativa proyectualmente²⁸; un fragmento, no el único ni el mejor, de ese gran *collage* que en última instancia es toda ciudad viva²⁹.

Dentro del reconocimiento de este proceso temporal no sólo como el único posible para nuestra condición finita sino, además, como el único tal vez deseable, el momento de definición del proyecto como intuición desarrollada clara y distintamente de un modo que se sale de toda historia, que se construye racionalmente y que se aplica puntualmente, se muestra como incorrecto³⁰. No hay lugar para la intuición pura de la forma de un modo temporalmente incontaminado. Toda intuición, incluso la más profundamente intelectual, esta contaminada de tiempo y azar, entendidos como mensajes y experiencias provenientes del pasado individual y colectivo que se traducen en restricciones concretas que canalizan el pensamiento formal³¹. Además de concebir el proyecto dentro de un campo de experiencias legadas, su realización depende igualmente de las restricciones concretas del contexto en el que se desarrolla³². La relación entre la idea concebida y su realización no es directa ni fácil sino, al menos, dialéctica, en tanto que todo proyecto se realiza modificándose cuando el contexto propone restricciones, según un proceso iterativo cuya estructura es dialogal³³. Hay, pues, una pertenencia del proyecto a lo temporal tanto en lo que se refiere a su concepción y definición como en lo que se refiere a su realización: hay análisis formales y a la vez contextuales y, posteriormente, síntesis ambientales que hacen del proyecto algo contemporáneo, es decir, perteneciente al tiempo³⁴.

No hace falta insistir demasiado en que esta situación es tremendamente similar, por supuesto no de un modo accidental, a lo que sucede en el ámbito filosófico que, desde el siglo XIX (más exactamente: desde la segunda mitad del XVIII), recurrió a la historia como modo de superar la atemporalidad característica de la intuición cartesiana (tema sobre el que después volveremos). Todo pensamiento es lingüístico (Herder, Humboldt³⁵) y, como tal, histórico. No hay pensamiento puro que se salga de la historia, del tiempo y, más allá del mismo, llegue a su certeza. Una certeza no temporal es, como diría Kant de un concepto sin intuición, vacía; pero toda intuición ha llegado a ser en el tiempo, acumulación de experiencias complejas en las que el sentido y el orden surgen como comprensión de lo complejo

-
- 27 Lo que muestra efectivamente la universalidad del problema hermenéutico. Véase Gadamer, H. G.: «La universalidad del problema hermenéutico» (1966), en H. G. Gadamer: *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme, 1994, pp. 213-224.
- 28 Véase Trillo de Leyva, J. L.: *Razones poéticas en arquitectura. Notas sobre la enseñanza de proyectos*. Sevilla: Departamento de Proyectos Arquitectónicos de la ETSA, 1993, pp. 137-153.
- 29 Rowe, C. y F. Koetter: *Ciudad Collage*, o.c., especialmente el apartado «Ciudad de colisión y política del «bricolage», pp. 87-116.
- 30 Véase Quaroni, L.: *Proyectar un edificio. Ocho lecciones de arquitectura* (1977). Madrid: Xarait, 1987, especialmente Lección Primera, 5: «La sucesión de las operaciones racionales e irracionales en el proceso proyectual de la arquitectura», pp. 24-26.
- 31 Martín Hernández, M. J.: *La Invención de la Arquitectura*. Madrid: Celeste, 1997, especialmente pp. 59ss.
- 32 Leupen, B. *Et alii: Proyecto y análisis. La evolución de los principios en arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1999, especialmente pp. 152-202.
- 33 Así la propone Álvaro Siza. Véase AA: «Interview d'Alvaro Siza», *Architecture D'Aujourd'hui*, 211 (1980).
- 34 Como se comprenderá, este planteamiento sintético es, en nuestros días, de una complejidad intercultural grandísima, sobre todo gracias a los contactos, tan comunes, propiciados por nuestro sistema de vida comunicativo. Véase el atractivo libro de Kurokawa, K.: *Intercultural Architecture. The Philosophy of Symbiosis*. Washington, D. C.: The American Institute of Architects Press, 1991. Los capítulos II, VII y X son especialmente interesantes para nuestro tema.
- 35 Por ejemplo, Herder, J. G.: «Ensayo sobre el origen del lenguaje» (1771), en *Obra Selecta*. Madrid: Alfaguara, 1982, y Humboldt, W. von: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Barcelona: Anthropos, 1990.

irrepetible, de la acumulación irreductible de lo diferente. Aquí se da el sentido y no en otro lugar, no al menos en una intuición monólitica y puntual desubicada más allá del tiempo; aquí, en esta ciudad lenguaje (lenguaje ciudad) de la que hablaba Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas* y que, por supuesto, vuelve a ser algo más, mucho más, que una metáfora filosófica³⁶: es expresión de un modo de habitar el mundo que se hace, posteriormente, proyectar y pensar³⁷. Como sabemos dijo Heidegger, primero se habita, después se construye, finalmente se piensa³⁸.

B. Proyectar para el cuerpo

La Posmodernidad, entendida como desarrollo crítico frente a las «abstracciones elitistas» de la Modernidad³⁹, desarrolla consecuentemente una crítica a la concepción moderna del proyecto, entendido éste como un momento de alumbramiento de la forma y la estructura en una intuición clara y distinta que no sólo es atemporal sino, además, incorpórea.

Son bastante conocidas las conclusiones de Descartes a su pregunta: ¿qué soy yo? Yo no soy cuerpo sino pensamiento que se piensa⁴⁰. No cosa extensa sino pensante. En el momento del proyecto no me relaciono sino conmigo mismo; olvido la costumbre, a los otros y su condición finita, corporal y temporal; olvido los modos espacialmente corporeizados de vérmelas con el mundo. Pero entonces la concepción del proyecto resulta abstracta porque deja de tenerse en cuenta, no sólo la condición temporal y hermenéutica de los ciudadanos y, en general de los sujetos, sino también su condición corporal, sólo gracias a la cual habitan, construyen y piensan.

Es cierto que el cuerpo tuvo cabida desde muy antiguo en la composición arquitectónica, pero no como cuerpo sino como idea. Es decir, como arquetipo microcósmico que recogía la estructura macrocósmica y funcionaba como recurso acrítico para justificar mágicamente una opción formal. Pero como decimos, ese cuerpo modelo, que va desde las palabras de Vitrubio⁴¹ hasta el famoso «modulor» de Le Corbusier⁴², es una realidad descarnada, un principio modular de simetría, armonía y composición, una especie de encarnación de principios matemáticos que se presentan también como atemporales y, aunque no lo parezca, acorporales. El cuerpo aquí no es cuerpo sino serie de relaciones cuantificables, imagen que se presenta estática; ni siente ni hace.

El cuerpo del que decimos resulta recuperado desde la crítica a la Modernidad es un cuerpo diferente. No es idea matemática sino hecho, *factum*. Se trata del cuerpo finito que, sintiendo y haciendo, se las ve a cada momento con la construcción espacial de un mundo compartido que, a la vez, emerge gracias a la experiencia de dicho cuerpo⁴³. Es un cuerpo que actúa, que sufre y goza, que

36 «Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos periodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes». Wittgenstein, L.: *Investigaciones filosóficas* (1953). Barcelona: Crítica, 1988, par. 18, p. 31.

37 «Imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida». Wittgenstein, o.c. par. 19, p. 31.

38 Véase *supra*.

39 Jenks, Ch.: *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.

40 Descartes, R.: *Discours de la Methode*, en *Oeuvres de Descartes* par Ch. Adam y P. Tannery, VI. Paris: J. Vrin, 1982, pág. 33.

41 Vitrubio: *Los diez libros de arquitectura (De architectura)*. Madrid: Alianza, 1994, Libro III, 1-4.

42 Le Corbusier: *El modulor. Ensayo sobre una medida armónica a la escala humana aplicable universalmente a la arquitectura y a la mecánica* (1950). Barcelona: Poseidón, 1976.

43 Véase López Lloret, J.: «La fiesta urbana en la definición de los cuerpos cívicos», en D. Romero de Solís, J. B. Díaz-Urmeneta y J. López Lloret (eds.): *Variaciones sobre el cuerpo*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999, pp. 79-101, especialmente pp. 86-99.

evoluciona en una experiencia que no puede formularse de un modo abstracto⁴⁴. Es, por supuesto, un cuerpo que está sometido a necesidades; pero estas necesidades no son principios cuantificables que se puedan expresar como fórmula que justifique un principio radicalmente funcionalista, dado que el funcionalismo estricto nunca se adapta al cuerpo: lo adapta a sí mismo⁴⁵. Por eso las ciudades del proyecto moderno no son sino máquinas habitadas, a su vez, por máquinas de habitar que siguen el más simple esquema de un conductismo aplicado a unas necesidades simplificadas: necesitamos sobrevivir y por ello trabajamos; necesitamos reponer fuerzas y por ello descansamos; necesitamos distraernos y movernos entre las zonas en que vivimos y descansamos; a todo eso responden los espacios del trabajo, de la residencia, del ocio y del movimiento, y con ello las exigencias del cuerpo mecanizado quedan cubiertas. En realidad quedan impuestas⁴⁶, pues «lo demás»⁴⁷, es decir, la necesidad de un vínculo afectivo con la única trascendencia que a nosotros, occidentales tardomodernos, nos queda: la conexión con el pasado legado y con un futuro que hemos de inventar, ambos multi-semánticos y polivalentes⁴⁸, es un estorbo para las funciones que se consideran básicas⁴⁹.

Pero el cuerpo construye su mundo en interacción con unos espacios que son lugar⁵⁰, es decir, no sólo escenario de la satisfacción de las necesidades. Lugar no es escenario sino elemento de constitución de la mismidad personal, la cual se forma en integración espacial. El lugar no es una realidad tecnológicamente dada sin contexto, definida por instancias especializadas que dicen lo que el usuario debe ser, sino una agregación compleja formada dentro de disponibilidades colectivas de espacios. El lugar es el producto (construido), siempre previo (constructor), de la constitución del espacio y del cuerpo en su plena integración, en su encuentro⁵¹. El lugar no responde a un juego, más o

44 Este cuerpo es la base del hermoso libro de Sennet. R.: *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza, 1997.

45 Este funcionalismo estricto y reductor va desde los objetos de uso hasta las determinaciones urbanísticas. Un caso paradigmático sería Ernst Neufert. Véase Neufert, E.: *Arte de proyectar en Arquitectura* (1936). Barcelona: Gustavo Gili, 1995, aunque no menos lo es, a nivel urbanístico, por ejemplo, Hilberseimer en Hilberseimer, L.: *Arquitectura de la gran ciudad* (1927). Barcelona: Gustavo Gili, 1975, pasando, por supuesto, por el caso más conocido: Le Corbusier (véase Le Corbusier: *Hacia una arquitectura* (1923). Barcelona: Poseidón, 1977; del mismo: *La vivienda del hombre* (1942). Madrid: Espasa-Calpe, 1945).

46 Véase Francastel, P.: *Arte y técnica en los siglos XIX y XX*, o.c., pp. 36ss.

47 Ese papel residual tiene para Le Corbusier lo que denomina «patrimonio histórico de las ciudades», que introduce finalmente y de mala gana en sus *Principios de urbanismo*. Le Corbusier: *Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)*, o.c., pp. 103-109.

48 La semanticidad múltiple y la polivalencia, unido al deseo de la funcionalidad compleja definen, de hecho, una de las reacciones más atractivas frente al funcionalismo moderno. Véase, por ejemplo, entre un gran número de propuestas, Leupen, B. *Et alii: Proyecto y análisis*, o.c., pp. 91ss; Quaroni, L.: *Proyectar un edificio*, o.c., pp. 79ss; Rossi, A.: *La arquitectura de la ciudad*, o.c., pp. 94ss, etc. Para una comprensión más compleja del asunto, ya más allá del posmodernismo, véase Colavidas, F.: *Arquitectura y ciudad. Al hilo de algunos escritos de Louis I. Kahn*. Madrid: ETSAM, 1998, pp. 22ss.

49 Sobre este concepto de función tan básico reaccionó definitivamente uno de los pilares de nuestro planteamiento. Véase Norberg-Schulz, Ch.: *Existencia, Espacio y Arquitectura*. Barcelona: Blume, 1975. Condiciona un estado de comprensión del proyecto que hoy, en su riqueza y complejidad, se da como punto de partida. Por ejemplo, en AA. VV.: *El por qué de nuestros diseños. 10 Arquitectos explican su obra*. Barcelona: Ceac, 1989 (los arquitectos son: J. Johansen, C. Pelli, R. Rogers, K. Kurokawa, H. Hertzberger, A. Erickson, N. Foster, F. Maki, H. Seidler y G. McCue).

50 Muntañola, J.: *La arquitectura como lugar*. Barcelona: Gustavo Gili, 1974.

51 Quien ha desarrollado esto de un modo más coherente es Norberg-Schulz, quien indica la coimplicación entre el cuerpo agente y el espacio construido, partiendo de la psicología genética de Piaget, de un modo admirable: véase Norberg-Schulz, Ch.: *Existencia, espacio y arquitectura*, o.c., pp. 34ss. No obstante, el referente básico de esta comprensión del espacio es tal vez Hildebrand con su diferenciación entre la visión estática y la visión cinética o del cuerpo en movimiento (Hildebrand, A.: *El problema de la forma en la obra de arte* (1893). Madrid: Visor, 1992), quien anticipa, aunque desde una concepción aún demasiado pictórica, la afirmación de la arquitectura como arte del cuerpo activo desarrollada por A. Schmarsow (*Das Wesen der architektonischen Schöpfung*. Leipzig: 1894). Creemos, no obstante, que el referente

menos sutil, de causas y efectos, sino a la libre configuración de topologías emotivas, corporalmente más o menos intensas, que se conforman dentro de un proceso no especializado de determinación histórica en el que el sentido emergió a través de encuentros afortunados⁵².

La compleja naturaleza del cuerpo que conforma y se conforma así en los espacios (*factum* a la vez sensible y agente que se define en la síntesis de una interacción compleja de sentidos heterogéneos) hace que la visión moderna de la arquitectura y la ciudad como espacio, entendido éste como mera realidad visual, sea esencialmente precaria. Porque nuestras necesidades corporales no son simples necesidades neutras tecnológicamente satisfactibles. Son necesidades de riqueza, demandas complejas dentro de las cuales el espacio visual es un elemento más, y no siempre el más importante⁵³.

La crítica loosiana al ornamento⁵⁴, por ejemplo, que se desarrolla como crítica a lo cromático, a lo textural, etc., sigue una línea que, en el fondo, es claramente moderna. Es como esos hombres microcosmo que se delinean y se someten a cuadrícula para legitimar una composición, pero que carecen de color, de textura, de olor y, sobre todo, de la alegría de la acción corporal. Sobre esta crítica al ornamento se desarrolló la crítica a la crítica y se produjeron esos pastiches posmodernos que todos conocemos⁵⁵. Pero, no obstante, el pastiche tiene su lógica, sin que podamos obviar las legitimaciones que pretendieron Robert Venturi, Steven Izenour y Denise Scott Brown: dar vida en forma de color y de textura a lo que había quedado reducido a volúmen puro e inalterado⁵⁶. Como decían Rowe y Koetter, aunque de un modo elegantemente irónico y crítico, no cabe duda de que *Main Street* en *Disneyworld* respondía a una necesidad humana⁵⁷.

Pero el movimiento posmoderno (aunque sus banalizaciones tengan una clara lógica si nos atenemos al punto de vista del usuario) tampoco ha explotado al máximo sus posibilidades somáticas, pues no ha ido mucho más allá de lo atomizado perceptivamente; reclama una mayor riqueza representacional pero, en la mayoría de los casos, dentro de la lógica del visualismo moderno, traduciendo la concepción visual del espacio racionalista (de corte euclidiano) a la concepción visual del mismo como espectáculo (de corte gestáltico). Frente a todo ello hay una vía, que podríamos igualmente definir como reactiva frente a la Modernidad, que lleva los presupuestos críticos de la Posmodernidad hasta su referente definitivo: la ecología urbana (también denominada «ecourbanismo»), la cual reconoce de un modo pleno la complejidad de la experiencia de la ciudad entendida como experiencia del cuerpo en interacción compleja y dentro de sociedades que definen espacios expresos de interacción corporal⁵⁸.

último es Goethe y su artículo de los *Weimarer Ausgabe* sobre arquitectura (Goethe, J.W.: «Arquitectura» (1795), en *Escritos de arte*. Madrid: Síntesis, 1999, pp. 73-78). Pese a todo, se trata aún de concepciones modernas, es decir, que parten de la separación previa de cuerpo y espacio, sin que se presente la hipótesis de la experiencia corporal como construcción del espacio y, a la vez, de la experiencia espacial como construcción del cuerpo.

52 Gregotti habla de «choque», pero creemos más adecuado hablar de encuentro. Véase Gregotti, V.: *Desde el interior de la arquitectura*. Barcelona: Península, 1993, pág. 78.

53 Norberg-Schulz, Ch.: *Intenciones en arquitectura*, o.c., pp. 29-35.

54 Loos, A.: «Ornamento y delito» (1908). *Ornamento y delito y otros escritos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1972, pp. 43-51.

55 Piñón, H.: «Cese a la Modernidad», *Arquitectura Bis*, 48, 3 (1984).

56 Venturi, R., S. Izenour y D. Scott Brown: *Aprendiendo de las Vegas*, o.c., pp. 159-203.

57 Rowe, C. y F. Koetter: *Ciudad Collage*, o.c., pp. 47s.

58 Creo que el precedente más claro de lo que hoy es la ecología urbana habría que buscarlo en Geddes, tanto en su *City Development* de 1904 como, sobre todo, en *Ciudades en evolución* (Geddes, P.: *Cities in Evolution*. London: Williams and Norgate, 1915 –hay edición castellana en Buenos Aires: Infinito). Entre los muchos libros que actualmente se refieren al tema, citamos los siguientes por su importancia: Boyden, S., S. Millar, K. Newcombe y B. O'Neill: *The Ecology of a City and its People*. Canberra: Australian National University Press, 1990; Cadman, D. y G. Payne (eds.): *The Living*

La ecología urbana vuelve nuevamente, aunque de un modo todavía implícito desde un punto de vista formal y semántico, a la idea general que motivó, por ejemplo, a Saverio Muratori: el análisis urbano como guía de la intervención de la ciudad. No obstante, la ecología urbana es bastante más compleja, en tanto que integra el espacio construido a lo largo del tiempo con los usos sociales entendidos como cultura, las relaciones económicas, etc., asumidos como planos en interacción compleja que se anudan en el cuerpo que evoluciona en la ciudad y que, dentro de esta evolución, articula el espacio y define la propia consciencia emergente. La ecología urbana parte del reconocimiento de que la ciudad moderna fracasa desde el momento en el que las ciudades se muestran hoy como realidades incontrolables⁵⁹. Por tanto se vuelve a una situación en cierto modo similar a la medieval: sólo cabe intervenciones puntuales y localizadas, elementos agregados dentro de un proceso interactivo de decantación espacial que ha de tener en cuenta las complejas exigencias simbólicas, sociales y emocionales de aquellos que los habitan y usan, exigencias desde las que se fraguan realidades tanto corporales como mentales. Parte, pues, de la constatación de que el espacio legado, el tiempo acumulado en la piedra y el cuerpo que construye su conciencia en interacción con dicho espacio como espacio de socialización, son la base de todo proyecto; de que, por tanto, a todo proyecto ha de anteceder el análisis del tiempo que decanta el sentido y del cuerpo que se conforma en y conforma al espacio; y de que, finalmente, todo proyecto espacial ha de contrastarse por su fuerza para seguir haciendo tiempo y cuerpo permitiendo, con ello, la emergencia constante de una identidad personal y libre dentro de unas interacciones con los espacios que deberían seguir siendo espacios de socialización.

3. Hermenéutica, tiempo y cuerpo

A. Antecedentes románticos

Podría decirse, aunque desde un punto de vista ahistórico, que una de las alternativas más evidentes a dicho modo de proceder de la Modernidad, insuficiente por su desconsideración de la experiencia corporal y temporal del espacio proyectado, se dio ya en muchos asentamientos medievales o de raigambre medieval. De hecho, a ellos oponía Descartes su ciudad, trazada en el llano por un ingeniero⁶⁰. Esta ciudad agregado preexistente resulta bastante operativa aquí porque una de las reacciones más fuertes que se dio frente al modo proyectivo moderno fue, antes de la «hermenéutica de la facticidad de Heidegger» (y del historicismo diltheiano del que provenía), la de los viajeros románticos, los cuales, como se sabe, buscaban «exotismos» espaciales y temporales ajenos a la Modernidad proyectiva⁶¹. Por eso hay que hacer una referencia, lo más breve posible, a una cierta comprensión del proceder agregativo propio de la tradición medieval⁶².

City. London: Routledge, 1990; Rapoport, A.: *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978; Wamsley, J. E.: *Urban Living*. London: Longman, 1988 y White, W. H.: *City: Rediscovering the Center*. New York: Doubleday, 1988. Asimismo remitimos a los planteamientos, bastante sugerentes por unir la reflexión ecológica con la conciencia histórica frente a la ciudad heredada, de Benavides Solís, J.: *El otro urbanismo*. Sevilla: Padilla, 1998, y de Bettini, V.: *Elementos de ecología urbana*. Madrid: Trotta, 1998, quien parte de Mumford y, por tanto, de Geddes.

59 Véase Sottsass, E.: «On the nature of Metropolises», *Terrazzo*, 6 (1991), pp. 38-41.

60 Descartes, R.: *Discours de la Methode*, en *Oeuvres de Descartes*, par Ch. Adams & P. Tannery. Vol. IV. Paris: J. Vrin, 1982, pp. 11s.

61 Véase López Lloret, J.: «Romanticismo y urbanismo: de la relevancia urbanística de una cierta antipatía», en Romero de Solís, D. y J. B. Díaz-Urmeneta (eds.): *La memoria romántica*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1997, pp. 93-106.

62 Si bien no ha de olvidarse que estas reflexiones tan sólo preparan el terreno para el tratamiento hermenéutico del problema, el cual, sobre todo a partir de ciertas derivaciones corporales de la línea que va de Dilthey a Gadamer, resulta altamente operativo por su radicalidad.

Podríamos partir curiosamente del propio Descartes, quien era claramente consciente de la necesidad de condescender, de un modo u otro, con la historia, aunque como un mal menor⁶³. Descartes reconoce que la necesidad del alojamiento sigue existiendo en el tiempo de la proyección y de la realización, lo cual no significa históricamente otra cosa sino la necesidad de aceptar el «destino» agregado de los asentamientos. No obstante, como dijimos, eso es para Descartes un mal menor que en sí mismo no es deseable, pues Descartes en ningún momento hace apología de los modos de determinación temporalmente agregativos y corporales de los espacios. Descartes reconoce también la fuerza de la historia, pero no por ello renuncia a oponerse a ella⁶⁴.

Podemos aceptar los análisis desarrollados por E. N. Bacon en torno a los modos de proceder agregativos premodernos, ya que arrojan luz sobre el tema. Se desarrollan del siguiente modo (analizando los procesos configuradores de la villa de Panza en Ischia):

«The man who designed the second house from the corner... was a man who... had, thousands of times since childhood, experienced the sequence of sensations just described. Because of the size and scale of the design organism, his apprehension of the town and its setting was complete and simultaneous; all parts of it and all its details were at one instant a part of his mental equipment. As he decided where the door and the windows were to be, and what color to paint them, these and other details naturally and inevitably fitted in with the forms and the sequence of sensations surrounding them»⁶⁵.

Este modo de concebir el edificio y de realizarlo se basa en dos presupuestos: la experiencia *directamente corporal* del lugar en el que se va a construir, por una parte, y, por otra parte, el efecto acumulativo de lo construido, en tanto que se acopla reforzando el flujo de experiencias previo que formaba parte de la biografía del interventor⁶⁶. Si aceptamos que se trata de un modo de proceder premoderno, entonces podremos comprender la atracción del romanticismo hacia lo medieval (reiventado). A los románticos les interesaba, como reacción frente al fracaso provisional de los ideales ilustrados, la historia como tradición y como legado que sigue vigente y, en tal sentido, los procesos temporales entendidos como agregación personalmente experimentada, con lo que eso suponía para una concepción antimoderna del proyecto. Por otra parte, el viajero romántico no se situaba, en su experiencia de la ciudad «exótica», más allá de la naturaleza; no proponía su dominio sino que se situaba en ella como en el lugar que condicionaba la emergencia de los asentamientos⁶⁷. A la «imposición» sobre el lugar propuesta por la Modernidad opondrá la «implantación», la adecuación propia de los conjuntos tradicionales⁶⁸.

63 Véase Descartes, o.c., p. 22.

64 Collingwood, R. G.: *Idea de la historia*. México: FCE, 1952, pp. 65-70.

65 Bacon, E.N.: *Design of cities*. London, Thames & Hudson, 1995, p. 57.

66 La fabulización del romanticismo consistía en la revalorización de este modo constructivo como el único del tiempo medieval: es fábula, puesto que también en el mundo medieval existían ciudades trazadas «a cordel», así como fragmentos de ciudad de igual origen como, por ejemplo, la zona de San Vicente y San Lorenzo en Sevilla, se deba esta a Alfonso X o a los almohades, quienes, por otra parte, dejaron una clara muestra de su racionalidad constructiva en la Alcaicería de la Seda y en la Mezquita aljama. No obstante, lo que nos interesa de la reivindicación del romanticismo es, más que su visión deformada y parcial de lo medieval (y totalmente falsa de lo gótico), sus propuestas en cuanto a percepción y construcción de la ciudad legada.

67 Sobre esta percepción, en lo que se refiere a España, que es el ámbito que más hemos estudiado, véase García Mercadal, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid: Aguilar, 1962, así como *La imagen romántica de España*. Catálogo de la Exposición. Madrid: Ministerio de Cultura, 1981.

68 La significación de estos términos en este contexto puede precisarse en Chueca Goitia, F.: *Breve historia del urbanismo*, Madrid: Alianza, 1991, pp. 28ss.

La comprensión de la dependencia con respecto a la naturaleza, en tanto hecho histórico y, por ello, emotivo, se planteó ya a finales del siglo XVIII desde posiciones proto-románticas. Un pilar básico fue el análisis general que hizo Herder de la historia como emergencia orgánica de la propia naturaleza. Si para Herder toda cultura se define como planta, las ciudades, en tanto que son realizaciones culturales supremas, no contradicen esta idea de fondo⁶⁹. Por su parte el conservador Edmund Burke, en sus críticas al proyecto geográfico francés revolucionario, consistente en definir los límites territoriales siguiendo el modelo reticular norteamericano, se presenta también como uno de los primeros críticos convencidos de la Modernidad proyectiva⁷⁰. Según Burke el ser humano necesita de la experiencia concreta de la frontera natural, definida en el encuentro de la naturaleza con la cultura, para sentirse vinculado con el lugar que habita y en el que se reconoce diferencialmente. El afecto sólo puede partir del reconocimiento de la peculiaridad espacio-temporal de lo querido, es decir, más allá de cualquier homogeneización o seriación reticular desubicada y atemporal. La interdependencia entre la naturaleza y la cultura es fuente de diferencias y, con ello, base del sentimiento de afinidad y arraigo que canaliza la maduración de las conciencias. Con lo cual quedan en gran medida definidas las actitudes que guiaban a los viajeros románticos. El fenómeno de los viajeros románticos en su búsqueda de lo exótico temporal y espacial es suficientemente conocido, lo que hace innecesario tratarlo aquí con profundidad. Sólo haremos breves referencias a algunas de las imágenes que definen artísticamente el legado visual que se consolida a finales del XVIII y prepara, en gran medida, los desarrollos hermenéuticos de la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días.

Nos centraremos en imágenes que reflejan panoramas españoles redescubiertos en su sentido premoderno (y, por su operatividad en el proyecto romántico, ultramoderno) por los viajeros románticos más allá de los tópicos de lo pintoresco. Creemos que el valor de esta generación de viajeros incansables radica precisamente en la comprensión de que no cabe otro modo de concebir el tiempo humano diferente al agregado y a la sedimentación espacial y somática de la tradición; también, partiendo de dichos presupuestos receptivos, en la comprensión productiva de que esto sólo puede canalizarse a través de una experiencia proyectiva que parta de la experiencia corporal de dichos espacios configurados y de las preexistencias temporales implantadas en los lugares.

Podemos referirnos, por ejemplo, a «Porch of an Ancient Mosque, Cordova», dibujado por David Roberts⁷¹ cuando iba camino de Egipto y de Tierra Santa; la figura es magistral al mostrar una reutilización doméstica impresionante (en su modestia) de espacios sacros, acumulando elementos formales y complejizando las funciones. O a «Plaza de San Francisco: the great square of Sevilla» dibujado por John Frederick Lewis⁷²; destaca por la polifuncionalidad representada en la «gran» plaza, a la vez mercado, centro administrativo y ceremonial. O a «The Fortress of the l'Alhambra», del mismo Roberts⁷³, por el encuentro de la forma construida con el suelo físico dado como definidor del lugar. O, como ejemplo insuperable de propuesta comprensiva del espacio como agregado temporal emotivo, «Gate of the Vivarrambra, Granada», también de Roberts⁷⁴; en esta imagen la función de agregado, tanto morfogenética como funcionalmente, alcanza unas cotas de expresividad y evidencia difícilmente superables.

69 Herder, J. G.: *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires: Losada, 1959.

70 Cf. Burke, E.: *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. México: FCE, 1986.

71 Roberts, D.: *Picturesque Sketches in Spain. Taken During the Years 1832-33*. London: Hodgson & Graves, 1837, n° 21.

72 Lewis, J. F.: *Lewis's Sketches of Spain & Spanish Character made during his Tour in that Country in the Years 1833-34. Draw on Stone from his original Sketches entirely by himself*. London: C. Hullmandel's Lithographic, 1834, n° 4.

73 Roberts, D.: o.c., n° 10.

74 Roberts, D.: o.c., n° 9.

Los ejemplos que podríamos seguir aduciendo de Lewis, de Edward Hawcke Locker⁷⁵, George Vivian⁷⁶, Nicolas Chapuy⁷⁷, Genaro Pérez Villaamil⁷⁸, Francisco Javier Parcerisa⁷⁹, del propio Roberts, etc., son innumerables. En todos ellos, tanto de la percepción de los edificios en conjuntos agregados como de la distribución aleatoria y orgánica de los personajes (desvinculados de cualquier ubicación sistemática en un entorno tramado, propia de la estrategia constructiva de la perspectiva clásica), así como de la multiplicidad de las funciones constituidas en unos espacios compartidos y dependientes de la naturaleza local, se sigue una comprensión de la ciudad vivida totalmente ajena tanto a la sistematicidad geometrizable como a la proyectualidad indiferente a los condicionamientos espaciales debidos al tiempo, entendidos estos como acumulación orgánica sobre la tierra. Para conocer lo que es una ciudad y para hacerla desde el presupuesto de lo que ya hay, es decir, desde la memoria, se debe tener la experiencia corporal de la misma, pues sólo desde tal experiencia, desde la comprensión corporal de la tradición legada, se podrá obrar mejorando los espacios experimentados, evitando las imposiciones de una razón descarnada. Situarse sólo en el ámbito de una razón desubicada y descorporizada no sería para los románticos sino un «sueño de la razón» (entendido como alucinación) que «produce monstruos».

B. *Hermenéutica del cuerpo habitante*

Esto nos pone en contacto directo con los presupuestos hermenéuticos que, según creemos, condicionan en gran medida los modos contemporáneos de proyectar o que, al menos, se presentan como una alternativa a tener en cuenta, sobre todo en ciudades históricamente complejas que se mantienen, en un grado aceptable, en su historicidad⁸⁰. Renunciamos a delinear el desarrollo básico que conduce desde las posturas románticas que acabamos de indicar (contemporáneas de la tematización de la hermenéutica por Schleiermacher) hasta nuestros días, pues para ello se requeriría un artículo adicional al menos, además de que es un tema que ya hemos tratado en otro lugar.⁸¹ Pasamos, pues, a mostrar los desarrollos hermenéuticos de dicha postura, los cuales definirán además la conclusión del presente artículo: la contemporaneidad y complementariedad de planteamientos entre el discurso filosófico y el discurso arquitectónico y urbanístico posmodernos.

Como se sabe, la hermenéutica elaboró una noción de experiencia ajena a la que manejaban las ciencias físico-matemáticas⁸². No suponía ni un enfrentamiento, ni una negación, ni siquiera una crítica, al uso físico-matemático del término, pero sí a su aparente carácter exclusivo⁸³. Para la teoría de

75 Locker, E. H.: *Views in Spain*. London: John Murray, 1824.

76 Vivian, G.: *Spanish Scenery*. London: P & D Colnaghi & C^o, 1838.

77 Chapuy, N.: *L'Espagne. Vues des principales Villes de ce Royaume Dessinées d'après nature par Chapuy*. Paris: Bulla, 1844.

78 Pérez Villaamil, G.: *España Artística y Monumental. Vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España* (texto de Patricio de la Escosura). Paris: A. Hauser, 1842-1844.

79 Parcerisa, F. J.: *Recuerdos y bellezas de España*. 12 Vols. Varias fechas y editores. *Reino de Córdoba* (texto de P. de Madrazo). Madrid: J. M. Repullés, 1852-1855. *Reino de Granada* (textos de F. Pi y Margall). Madrid: J. M. Repullés, 1850-52. *Sevilla y Cádiz* (texto de P. de Madrazo). Madrid: Cipriano López, 1856-63.

80 Lo que sigue se basa en su mayor parte en H. G. Gadamer: *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme, 1993.

81 López Lloret, J.: *Introducción a la ciudad como obra de arte* (Tesina no publicada). Sevilla: Departamento de Estética e Historia de la Filosofía, 1997, pp. 60ss.

82 Bollnow, O. F.: *Introducción a la filosofía del conocimiento*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973, pp. 143ss.

83 Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*. Salamanca: Sígueme, 1992, pág. 421. Del mismo: «La universalidad del problema hermenéutico», en *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme, 1993, pp. 213-224.

las ciencias experimentales físico-matemáticas de la primera mitad del siglo XX, la experiencia se basaba en la percepción (casi siempre visual) del mundo de los hechos que corroboraban o falsaban aquellas hipótesis que habían alcanzado un grado de formalización tal que hacía deseable y fructífera la afirmación de unas anticipaciones cuyo éxito final dependía de su adecuación a los hechos percibidos en su desnudez⁸⁴. Frente a esta noción de experiencia, en la que el que experimenta se mantiene indiferente a lo experimentado (e incluso niega, a través de factores precisos de medida, su propia subjetividad), el discurso hermenéutico afirma una comprensión alternativa de la misma canalizada a través de la vivencia humana en los siguientes términos: tener experiencias es tener la certeza de la razón de las reivindicaciones del otro sobre las propias, lo que significa sufrir un proceso doloroso cuyo resultado: el hacerse experimentado, genera un estado de apertura a lo diferente. El experimentado no es quien sabe mucho sino quien llega a abrirse a la razón de lo otro⁸⁵. Por eso la experiencia, en el sentido hermenéutico, nunca nos deja indiferentes.

En el discurso hermenéutico esta noción de experiencia se aplica a la comprensión del pasado definida a través del encuentro con la tradición. La tradición es aquello que sigue interpelándonos al reclamar atención a sus pretensiones de razón⁸⁶. Frente a la tradición que nos habla no podemos volver la espalda ni negarle su derecho a ser oída. Incluso el caso de volver la espalda y desear comenzar de nuevo de un modo desvinculado se debe a una situación histórica que viene históricamente conformada⁸⁷. La desvinculación con respecto a lo dado es ya una respuesta a lo dado. No querer oír a la tradición es no encontrar otra solución a los problemas que ella nos plantea, o bien querer solucionarlos por otras vías. No en vano, el modo de canalización de la conversación con la tradición, entendida como fusión de horizontes, es definido como juego histórico de preguntas y respuestas, diálogo platónico nunca acabable⁸⁸. Por eso nunca se parte de cero sino que se crea la ilusión, históricamente condicionada, de partir de cero.

Esta exposición, que nos define como seres histórico-efectuales queramos o no⁸⁹, tiene además como consecuencia la limitación de toda prepotencia justificada a través de un absoluto desvinculamiento de lo contextual. La razón, que no es una entidad diáfana ni transtemporal a la que acceda un ser en una pura cogitación descorporeizada, se desarrolla históricamente como mundo compartido, lo cual quiere decir que no se reconoce *ex nihilo* y se impone sino que es el fruto de una convivencia que va definiendo valores y creencias⁹⁰. Entre otras, la creencia (que es un prejuicio que, en sí mismo, puede ser productivo) en la posibilidad de hacer *tabula rasa* y empezar de nuevo más allá de lo heredado. Dicha convivencia, que no es sino apertura a la alteridad⁹¹, lo es también con el pasado;

84 En esta presentación habría que tener en cuenta la diferenciación entre contextos de justificación y de descubrimiento, de Hans Reichenbach, la crítica a la noción de hecho desarrollada por Ludwik Flek, la historicidad de la ciencia presentada por Kuhn y por Toulmin, etc. No obstante, la presentación que hemos desarrollado es la adecuada por los intereses diferenciales del discurso hermenéutico. De todos modos, véase Bunge, M.: *La investigación científica*. Barcelona: Ariel, 1989, especialmente Parte IV, pp. 717-931.

85 Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*, o.c., pág. 431.

86 Gadamer, H. G.: o.c., pp. 434ss.

87 Por ejemplo, la crítica a todo prejuicio es también un prejuicio histórico. Gadamer, o.c., pp. 342ss.

88 Gadamer, o.c., pp. 446ss y 461ss, así como, del mismo: «Entre fenomenología y dialéctica. Intento de una autocrítica», en *Verdad y Método II*, o.c., pp. 11-29.

89 Sobre la historia efectual véase Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*, o.c., pp. 370-377.

90 Gadamer, H. G.: «Lenguaje y comprensión», en *Verdad y Método II*, o.c., pp. 181-194; del mismo: «Problemas de la razón práctica», en o.c., pp. 309-318.

91 Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*, o.c., pp. 437ss. También, del mismo: «Sobre la problemática de la autocomprensión. Una contribución hermenéutica al tema de la <<desmitologización>>», en *Verdad y Método II*, o.c., pp. 121-131.

en tal sentido se entiende la tradición, que nos deja una serie de prejuicios operativos que, en el fondo, nos definen como seres lingüístico-corporales. Lo cual hace que otra de las posibilidades de mediatización de nuestra experiencia de la tradición sea la apertura a ella (que siempre se da, aunque sólo con esta actitud hermenéutica se acepta)⁹². En tal sentido aceptamos parte de lo que ella nos dice y ampliamos el ámbito de las posibilidades en la medida de nuestras fuerzas. Como se podrá comprobar, este discurso no es sino una justificación de la temporalidad humana entendida como agregación, como proceso de sedimentación compleja que puede, en ciertos momentos, purificarse y simplificarse, pero nunca eliminarse.

Lo que nos interesa de este breve esbozo de la actitud hermenéutica es que, si se extiende adecuadamente a nuestro modo corporal de adecuarnos a los contextos que nos preexisten (ya sea al modo del acomodamiento arraigante⁹³, ya al del arrojamiento desarraigado⁹⁴), permite una determinada comprensión de la constitución espacial de la conciencia, la cual tendrá su reflejo en determinadas formas de afrontar la conservación, percepción, proyección y realización de nuestros espacios compartidos. Esta comprensión parte de la base de que no estamos desvinculados de nuestros cuerpos (aunque no seamos sólo nuestros cuerpos) y, por eso mismo, tampoco de los espacios que habitamos, según una línea de vivencia que se desarrolla desde la inserción de la conciencia romántica en los espacios agregado premodernos y que, en conexión con la definición de la teoría hermenéutica, define los planteamientos filosóficos y urbanísticos de la posmodernidad, a pesar, por supuesto, de sus banalizaciones. Todo lo cual nos lleva a comprender las insuficiencias del racionalismo que proyecta en el vacío y realiza unos espacios brutalmente desvinculados.

Ser cuerpo implica que se está sometido a un proceso genético complejo, que abarca momentos simultáneos de síntesis y análisis senso-motrices, en el que se genera nuestra comprensión del espacio. Así, el desarrollo de nuestro cuerpo senso-motriz es, a la vez, la experiencia de una serie de interacciones con nuestro entorno por las que el mismo se va también desarrollando en referencia a nuestro cuerpo. Este entorno es generalmente un plexo complejo, relacional y multifactorial que se podría equiparar con lo que Heidegger denominó «plexo de útiles»⁹⁵, aunque en realidad es mucho más complejo somática, social e históricamente. Empezamos desarrollando nuestras potencialidades innatas a través del manejo de objetos, de palabras, de frases, de útiles de diverso tipo, comprendiendo ámbitos que se definen en nuestros movimientos, determinando la complejidad de nuestro entorno a medida que se desarrolla la propia estructura de nuestro cuerpo⁹⁶. Lo que hace que nuestra experiencia del sentido, emergente a medida que el espacio se constituye en un proceso temporal heteromorfo, empiece siendo corporal.

Nacer, y decir esto es en sí mismo bastante banal, es nacer en un mundo ya configurado; madurar es hacerse a sí mismo según las posibilidades hermenéuticas que ese mundo nos brinda. Dicho mundo, que es un proceso agregativo de sedimentación de la tradición, es el que nos hace acceder al sentido a través de las operaciones del propio cuerpo. Construir, por ejemplo, empieza comprendiéndose como una acción de cuerpos coordinados que aportan su «precomprensión» del habitar,

92 Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*, o.c., pp. 437ss.

93 Bachelard, G.: *La poética del espacio*. Madrid: FCE, 1994, pp. 136-139.

94 Heidegger, M.: *El ser y el tiempo*, o.c., pp. 195-200.

95 Cf. M. Heidegger: *El ser y el tiempo*, o.c., especialmente la Primera Sección de la Primera Parte, pp. 53-253.

96 Véase Piaget, J.: *La representación del mundo en el niño*. Madrid: Morata, 1978, así como, del mismo: *La construcción de lo real en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.

que es también una acción del cuerpo que se constituye en el tiempo⁹⁷. Pasear por la ciudad es ante todo un proceso complejo senso-motor en el que entran múltiples variables motrices y sensoriales, y sólo a través de dichas variables podemos acceder al ámbito, de mayor importancia cultural, del sentido del mundo humano simbólicamente construido⁹⁸ que, durante muchos siglos —explícitamente desde Aristóteles⁹⁹— fue concebido como el horizonte donde el hombre alcanzaría la vida buena, es decir, aquélla que implica, entre otras cosas, la plenitud corporal y la redistribución no dolorosa de los diversos cuerpos. Por ello, y creemos que es la lección que se sigue desde la experiencia romántica, explicitada por la hermenéutica y la urbanística postmoderna, proyectar en los lugares compartidos ha de ser siempre proyección en el espacio y para el cuerpo, con las implicaciones históricas y afectivas que eso conlleva.

Así podemos llegar a comprender las deficiencias del modo de planificar que configuró la Modernidad: desvinculados, empezando desde cero. Esto es en sí mismo una abstracción en la que quien proyecta se evade de sus exigencias corporales y de su espacio vivido, creando estructuras cuyo resultado vital es incierto. Pero en sí mismo es algo peor: se construye y no se sabe para quién, ni para qué experiencias. Es más, se construye y nada se sabe de los modos de vida dados en la zona sobre la que podrá imponerse el plan. Hemos tenido una experiencia vital de eso desde los años sesenta del siglo XX en, por ejemplo, los procesos que llevaron a la sustitución de corrales, a la expulsión de sus habitantes a periferias ingratas y a la configuración de experiencias socialmente traumáticas en los centros urbanos cuyo alcance siempre será difícil de medir¹⁰⁰. No se comprendió que tener experiencia de la ciudad es construir un sentido dentro de lo legado a través de una experiencia corporal culturizada y compartida. Desde procesos especulativos concretos pero inhumanos (con esa inhumanidad que sólo los procesos humanos pueden llegar a tener), el sentido de vinculación corporal a los rasgos diferenciales de los lugares que marcan las acciones y los cuerpos dejó de ser tenido en cuenta, produciéndose dicha reubicación en espacios configurados *ab novo* y de un modo tipificado que nada sabían ni de cuerpos, ni de experiencias afectivas sedimentadas en el tiempo ni del sentido profundo de nuestra integración en el espacio. Lo que se ganó en higiene (puramente fisiológica, aunque no corporal, en tanto que la redistribución de los cuerpos llevó a insalubridades psíquicas cada vez más patentes) se perdió como desvinculación, como sentido¹⁰¹.

4. Conclusiones

Hemos visto el punto de confluencia entre la difusa y heterogénea teoría posmoderna de la ciudad y sus fundamentos hermenéuticos, partiendo además de aquello que puede enseñarnos el

97 Esta idea de fondo, totalmente hermenéutica a la vez que somática, puede constatarse en algunos de los textos básicos de la teoría posmoderna de la ciudad y la arquitectura que ya hemos indicado. Explícitamente se presenta en Caniggia, G. y G. L. Maffei: *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*, o.c., pp. 23-32, pero también, aunque menos explícitamente, en Venturi, R.: *Complejidad y contradicción en arquitectura*, o.c., pp. 63-72.

98 Cótéjese con el análisis que hace Johnson del origen corporal de las estructuras simbólicas en Johnson, M.: *El cuerpo en la mente. Fundamentos corporales del significado, la imaginación y la razón*. Madrid: Debate, 1991.

99 Especialmente en los libros Primero y Séptimo de su *Política*.

100 De eso se hicieron eco en los años setenta, en el entorno español, obras como las de García Bellido, J. y L. González Tamarit: *Para comprender la ciudad. Claves sobre los procesos de producción del espacio*. Madrid: Nuestra Cultura, 1979, o Álvarez Mora, A. y F. Roch: *Los centros urbanos. Hacia la recuperación popular de la ciudad*. Madrid: Nuestra Cultura, 1980. Se trata, por cierto, de procesos que, en forma de «tercerización», son quizás hoy más intensos que nunca.

101 Este tema se trata magistralmente en la hermosa obra de Jacobs, J.: *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Random House, 1961.

Romanticismo más allá de sus fabulizaciones y de sus tópicos. Interpretando el discurso hermenéutico como su recepción más consecuente, podemos esperar de quien proyecte, al menos, el conocimiento de los hábitos y de los condicionamientos heredados de aquellos para quienes se proyecta. Quien proyecte ha de partir de la experiencia fuertemente corporal y temporal de los espacios que se van a intervenir. Eso sólo será posible probando los distintos trayectos que los lugares previamente conformados permiten, experimentando en ellos las especificidades hermenéuticas senso-motoras de lo común y lo privado concretizados. Además de documentarse históricamente sobre los usos constructivos y sobre las relevancias socio-culturales de la zona, ha de consultar a aquellos cuyos espacios van a intervenir¹⁰². No se trata en sí mismo de una negación de la planificación ni de la racionalización higiénica y funcionalista de los espacios. No obstante, hay que ir más allá de la concepción de la residencia como máquina de habitar, operativa en un momento histórico postbélico y de crecimiento traumático de la urbanización, pero ya inviable. El cuerpo no se desenvuelve en espacios neutros sino en tramas emotivas y diferenciales fuertemente vinculantes. Por eso se trata de dar un giro al racionalismo: que la razón no sea sólo la razón planificadora de los seres que cogitan desvinculadamente y que están legalmente habilitados para proceder así. Contrariamente, que la razón también esté en el propio ámbito de facticidad en el que se desarrolla la vida cotidiana según parámetros heredados modificables. Estos mismos parámetros son los que exigen su modificación e incluso su radical transformación¹⁰³. No obstante, tal posibilidad no puede ser el resultado de la planificación desvinculada históricamente de quien cree que posee una verdad que ha de desarrollar al amparo de los Centros de Decisión, sino de la consideración las necesidades y las vinculaciones de quienes en última instancia están más implicados, vitalmente implicados.

Los espacios agregados, analizados como reflejo de un modo de comprensión de la historia entendida como acumulación cuya base es la noción hermenéutica de la tradición canalizada a través del cuerpo senso-motor, los espacios agregados que recibimos como legado de la comprensión romántica respecto a la vinculación emotiva a los lugares, indican la medida de razón que pueden contener los espacios que aparecen como no planificados: también el «dédalo» tiene sus razones. Aunque tal vez hoy se trate con esto ya más bien de una reivindicación, en el sentido de Benjamin, de la razón de los vencidos, no obstante comprendemos que el mundo vital humano está construyéndose en cada momento. Por ello nuestras ciudades, tan cargadas de historia, tan heterogéneas en todos los sentidos, más que monumentos al aire libre para el estudio de los eruditos o irracionales estorbos para los planificadores burocratizados (es decir, desvinculados) son una afirmación constante de la necesidad de construirnos, pero de construirnos como cuerpos temporalmente ligados a tramas desiguales de emotividad. Sólo así no veremos en los modos legados de habitar, frente a la proyección desvinculada y descorporizada, la mencionada razón de los vencidos, sino algo que nos dice lo que somos y no podemos dejar de ser¹⁰⁴.

102 Véase el caso ejemplar y especialmente lúcido de la remodelación del centro de Philadelphia en Bacon, E. N.: *Design of Cities*, o.c., pp. 263-307.

103 Véase el equivalente hermenéutico del asunto en Gadamer, H. G.: «¿Hasta qué punto el lenguaje preforma el pensamiento?», en *Verdad y Método II*, o.c., pp. 195-201.

104 Véase Gadamer, H. G.: «Sobre la lectura de edificios y de cuadros», en *Estética y hermenéutica*. Madrid: Tecnos. 1996, pp. 255-264; del mismo: *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós. 1991, pp. 123s.